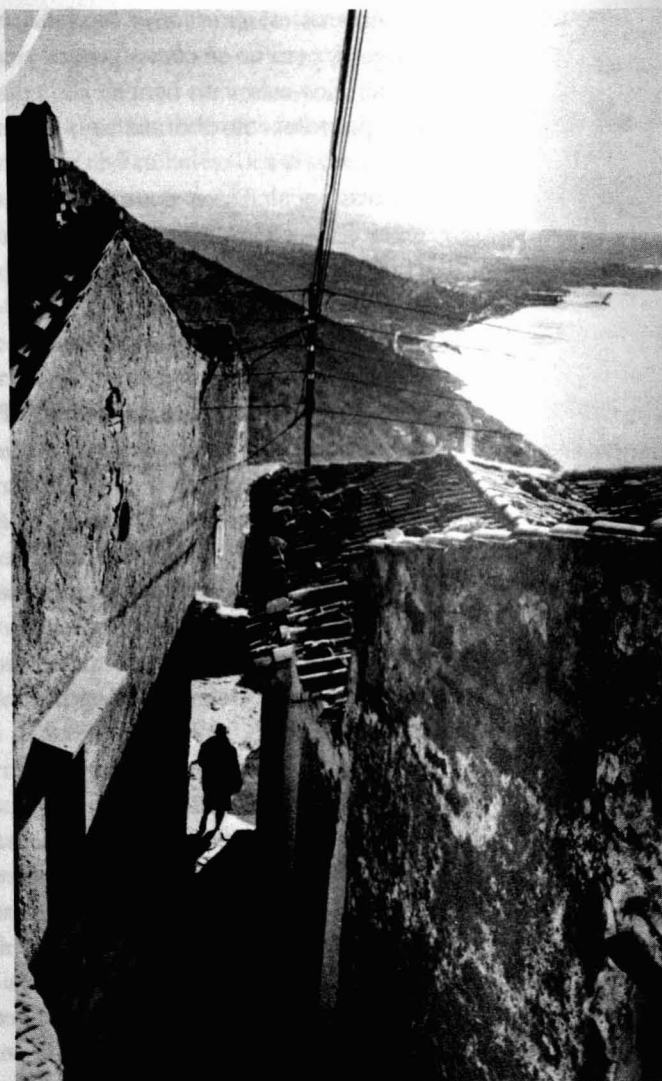


Umberto Saba

El Ghetto de Trieste

Traducción de Nevía Manzi

Hacia 1860 el ghetto de Trieste florecía en su mugrienta originalidad. En igualdad de condiciones a los otros ciudadanos desde medio siglo atrás, exentos de impuestos y liberados de humillantes distinciones especiales, no todos los judíos nacidos o emigrados a la ciudad-puerto franco habían aprendido a vencer la innata desconfianza de mezclar su vida cotidiana con la de los temidos (y por eso odiados) "goim". Esta aversión —que no era religiosa y que donde exista todavía el bautismo no borra, arraigada como está en la estirpe durante miles de años de persecuciones y cuarentenas—, era sentida también en familias lo suficientemente acaudaladas como para vivir en una casa nueva en una calle nueva, en "la ciudadela" donde sus viejos habían practicado y todavía practicaban el comercio de cosas usadas, en tiendas pintorescas y caóticas donde se encontraba la raíz de su fuerza. Las casas nuevas, construidas como excelente empleo de capitales por ricas viudas y enamorados de alto riesgo eran, es cierto, el sueño de muchos; los nuevos ricos deseaban vivir en ese bien amado ghetto lleno para ellos de intimidad y recuerdos. Debido a la tradición y a la inercia de una costumbre mental convertida en idea fija (un peso que era más difícil echar a un lado que soportar) se pensaba que, afuera de ese centro, aún tenían lugar persecuciones terminadas hacía decenas de años y que en realidad nunca habían existido en el único gran puerto mercantil de Austria donde la población tenía un temperamento ya demasiado meridional para que la enfermedad septentrional del antisemitismo pudiera brotar. Así fue que, apenas entreabiertas las puertas del ghetto, los mejores judíos —aquellos libres de prejuicios y de miedo—, con el poder del dinero acumulado o en virtud de la practicidad propia de la raza que quizá tenga más idealismo en el comercio y más comercio en el idealismo, supieron colocarse de un salto en los puestos públicos más acreditados y lucrativos: en la dirección de bancos, de las compañías de seguros y de navegación. Era el tiempo en que la comunidad se acrecentaba cada día con nuevos correligionarios atraídos por el creciente florecimiento del tráfico comercial, que iban transformando en un abrir y cerrar de ojos la vieja y pequeña ciudad en una enorme tienda repleta de gente. Y muchos, que desde el cercano Levante desembarcaban en el Muelle



de San Carlos con la chaqueta andrajosa y el fez rojo en la cabeza, acaso sin otra propiedad que una carta de recomendación dirigida al Rabino o a algún viejo filántropo, eran vistos, después de sólo unos años, comparecer con el traje obligatorio y con el sombrero de copa a las solemnidades religiosas en la época de los rituales lituano, alemán y español, dos de los cuales se ofrecían a los fieles religiosos en el ghetto propiamente dicho y el tercero no muy lejos, en la Calle del Monte. Pero esa parte del pueblo, esos que no tenían suficiente iniciativa para liberarse del pequeño comercio, con-

tinuaban practicándolo en los puestos de la placita llamada "De las Escuelas Israelitas" o en la planta baja de las casas húmedas y de los burdeles de la ciudad vieja. Algunos de estos negocios, tan "grandes" como celdas y productores de grandes capitales, se convirtieron en una leyenda para la nueva generación. Se trataba, más que de cualquier otro negocio, del trueque y la compra-venta de muebles y ropa usada, industria que hoy casi ha desaparecido, cuyos últimos grandes protagonistas son más viejos y raros que los pocos auténticos sobrevivientes de la epopeya garibaldiana. Los clientes eran en gran parte esclavos del continente y marineros de Iliria y de Dalmacia; reclutas que tenían necesidad de un veliz donde depositar su mísero equipaje; marineros que querían cambiar su traje raído y sus zapatos desgastados por un traje un poco menos viejo y unos zapatos un poco menos desgastados. Los robos, los engaños, las usuras (no más frecuentes ni más graves que en otros lados, pero más visibles, más —para usar una terminología tópicamente impropia— "a la luz del día") eran perpetrados por los comerciantes y mucho más por *las* comerciantes con una habilidad rayana en lo sublime, con un pasmoso conocimiento psicológico y fisiológico de las víctimas. Todas las armas eran buenas, ya fuera para atraer a la propia tienda a los clientes, ya para robarle clientes a los otros revendedores. Las calles eran estrechas, los paseos estaban colmados y las tiendas abiertas, una frente a otra, como enemigos en la época en que las batallas se ganaban o se perdían con combates cuerpo a cuerpo. Los peatones-posibles-compradores eran abordados con las más descaradas de las adulaciones, como los noctámbulos por las prostitutas. Si era un jovencito se le seducía con palabras de alabanza a su robustez; palabras que seguramente habían surgido de un *desinteresado* entusiasmo; la vendedora le hacía entender al joven que le pondría con sus propias manos el nuevo e indestructible par de pantalones y que, tratándose de un rubio tan guapo, se los dejaba casi gratis. Pero ese "casi" representaba en ocasiones el jornal de una familia de ocho hijos a la que había que calmarle el hambre; nadie, caído una vez en la trampa, salía una hora o un minuto después sin haber hecho al menos una compra. Si en lugar de un jovencito era un padre de familia, se acariciaba al chiquillo que lo acompañaba pateándolo por atrás, se le proclamaba el niño más bonito de la ciudad; todos anhelaban, en voz alta, uno igual; se cambiaba idioma, dialecto, sonrisa, de acuerdo a la edad, el sexo, la nacionalidad del cliente.

En casos difíciles, cuando el negocio se regateaba durante largo rato amenazando con no llevarse a cabo, se escondía con extrema reserva detrás del mostrador una botella de aguardiente, con uno o dos sucios "caballitos". Entre patrón y patrona, entre madre e hija, se hablaban durante la venta en una jerga compuesta por un triestino dulce pero ingrato intercalado con palabras del bajo-hebreo incomprensible a los no iniciados. Los vendedores más empedernidos esperaban entre la concurrencia; se disputaban los clientes incluso a la fuerza: no era raro el caso que, de dos o más concurren-

tes, ganara el que tenía una musculatura menos débil en los brazos y con ello una mayor capacidad para arrastrar hacia su tienda al "goim" adulado por esa insólita disputa por su persona. La parte derrotada desahogaba entonces su rencor revelando a gritos, desde el umbral de su tienda, todos los secretos comerciales y todas las torpezas domésticas de las partes adversarias. O pasaba de golpe a los lamentos, enumerando sus miserias, el número de bocas a las que tenía que quitarle el hambre, con una locución bárbara rociada de una elocuencia digna de Jeremías. Era, en suma, una lucha por la vida tan furiosa como la que puede admirarse entre los insectos en las hierbas del prado o entre la arena del mar. Pero los dueños de tiendas ya establecidas y con



una clientela estable se tomaban la religiosa satisfacción de cerrarlas el sábado, día del Señor, hasta cuyo atardecer estaba prohibido al judío cualquier trabajo, incluso arrancar una hoja, incluso prender un cerillo. Yo mismo he oído a los viejos platicar con orgullo y emoción que una verdadera multitud se amontonaba el sábado en la noche a la puerta de esas tiendas esperando por horas al dueño o a la dueña para que abriera de nuevo. Porque —añadían— esas tiendas estaban benditas por Dios; eran una verdadera tierra prometida. ◇